

Las Mentiras en la Investigación Social

Por Alicja IWANSKA

Colaboración especial para la *Revista Mexicana de Sociología*.

Hace muchos años, el famoso filósofo polaco Jan Twardowski, en su ensayo intitulado (si bien me acuerdo) “Sobre la obligación de decir la verdad”, presentó la idea de uno de los derechos humanos frecuentemente violados: el derecho a la concepción correcta del mundo. No solamente las mentiras públicas sino también las mentiras individuales nos hacen, según Twardowski, un daño profundo, al destruir o dañar los datos para la concepción correcta y realista del mundo, como condición necesaria de una vida digna del ser humano. Vale la pena notar que las razones invocadas por Twardowski eran puramente seculares y universales. Su ética estaba basada sobre el postulado de la universalidad de lo personal y lo social.

Por medio de mis profesores —alumnos de Twardowski— estas ideas llegaron a mi generación de estudiantes de filosofía de la Universidad de Varsovia, exactamente al estallar la segunda guerra mundial.

En estos mismos años, mientras en los seminarios de Varsovia hablábamos de las ideas éticas del gran maestro polaco, el mundo europeo estaba profundamente sumergido en las mentiras más grandes de la historia, sobre la inferioridad racial de varios grupos humanos, que se apoyaba no solamente en datos empíricos falsificados y en una lógica errónea, sino, sobre todo, en el terror económico y político, en las bombas, los rifles y los crematorios de Hitler y sus compañeros.

A su tiempo, me gustará hacer la distinción entre los conceptos de “falsificación”, “error” y “mentira” y analizar, por medio de ellos, varias ideologías políticas, económicas, religiosas, científicas que nos han molestado y que no han dejado de molestarnos hasta hoy. Pero el tema de este artículo, es distinto.

Dejo para un futuro lejano el análisis de las mentiras macroscópicas, pues quiero ocuparme ahora de las mentiras microscópicas, usadas en nuestra vida cotidiana y —especialmente— en esta parte educada y especializada de ella que llamamos “la investigación social empírica”.

Y las mentiras microscópicas, de las cuales me ocupo aquí, están limitadas a una sola categoría de las distorsiones conscientes e intencionales de la verdad, usadas en la investigación social empírica para conseguir: datos difíciles, más datos y mejores datos, o datos más profundos.

La idea de Jan Twardowski sobre la distorsión del concepto correcto del mundo por medio de mentiras (en este caso, de “mentiras sociológicas”, que es como voy a llamarlas aquí) va a servir como marco de referencia para este análisis.

Tenemos que preguntarnos: qué entendemos aquí por el “concepto correcto del mundo”? Y responderemos que podemos entenderlo de tres maneras distintas: 1, como el concepto correcto de la ciencia moderna; 2, como el concepto correcto del investigador; o 3, como el concepto correcto de la persona investigada, es decir, del “informante”

Como la complejidad de la ciencia moderna y la rapidez con la cual cambian sus verdades son muy grandes, no es posible hacer la *diagnosis* científica de cada situación social investigada. Pero, a pesar de esto, muchas veces el investigador social está convencido, correctamente o no, de que su propio concepto del mundo está basado sobre datos científicos, mientras que el concepto del mundo de su informante tiene raíces en las “presuposiciones implícitas de su cultura” o en sus “supersticiones”. La situación típica de la investigación social consiste, como lo han notado muchos investigadores, en el contacto de la desigualdad visible entre el investigador y su informante. Lo más frecuente es que los sociólogos y los antropólogos sociales hagan sus investigaciones en los medios de la gente pobre, menos educada que los investigadores mismos. La alta sociedad y los intelectuales son, en todas partes del mundo, menos estudiados que las otras categorías sociales. El investigador social tiene, entonces, con respecto a sus informantes, una especie de monopolio de la verdad, sobre el concepto correcto del mundo.

Para analizar las mentiras sociológicas, es mejor olvidarse de las verdades científicas y sus distorsiones, fijándose únicamente en las verdades subjetivas del investigador o de su informante.

Este modo de plantear el problema de la verdad y sus distorsiones nos permite ver más claramente el carácter intencional y explotador de las mentiras sociológicas.

En Estados Unidos de América, meter una grabadora y ocultarla en la

sala del jurado durante las deliberaciones secretas, para estudiar el modo de ponerse de acuerdo, es severamente castigado por la ley (si la grabadora es descubierta), pero nadie castiga a los investigadores sociales si usan la grabadora oculta en otras situaciones igualmente secretas y serias. Al contrario, el buen éxito de la grabadora oculta es aclamado por los sociólogos como una técnica superior para descubrir verdades sociales “inaccesibles para otras técnicas”; verdades “más naturales” o “más profundas”.

Mientras gozan de estas ventajas metodológicas, los sociólogos se olvidan completamente de los derechos humanos violados en el proceso de tal investigación empírica: el derecho a la conversación íntima entre amigos, parientes, compañeros de trabajo o, aún, entre enemigos que no deseen publicidad para sus luchas.

Pero, a veces aparecen los escrúpulos y, entonces, se habla del papel social de la investigación sociológica, de la meta última que es siempre ayudar a la gente; se oye el *savoir pour prévoir, prévoir pour agir* de Auguste Comte, padre de la sociología . . . Pero, cuántas técnicas de la investigación sociológica se usan, de veras, para ayudar a la gente. Y, aún si a veces se ayuda, es muy raro que esta asistencia se destine para la misma gente a quien se estudia. Lo más frecuente es que se ayude a otro grupo comparable, o aún a la generación siguiente. Pero, aún este tipo indirecto de ayuda es raro, a menos en el principal país de la investigación social empírica que es Estados Unidos de América hoy. Ahí el *agir* de Comte significa, con la mayor frecuencia, “manipulación” más que “ayuda”.

Las técnicas proyectivas empezaron a usarse en la clínica para suplementar otras técnicas para el diagnóstico de las enfermedades mentales. Aquí, las mentiras psicológicas consisten, por ejemplo, en presentar las pruebas de personalidad como prueba para investigar aptitud o imaginación y se justifican por la preocupación del investigador en la salud del enfermo. Mientras en el dominio de la investigación sociológica, las técnicas proyectivas han perdido esta única justificación. Y quienes usan otras técnicas “disfrazadas”, como, por ejemplo, la *forced choice technique* en la que se presenta a las personas investigadas una serie de frases falsas, pidiéndoles que escojan entre ellas las frases verdaderas ni siquiera se preocupan de buscar justificación. Junto con numerosas técnicas proyectivas, las “técnicas disfrazadas” siguen en uso principalmente al servicio de la propaganda comercial o política, o al servicio del control de soldados, de delinquentes y de otros grupos humanos colocados en situación cómodamente subordinada.

Pero, el contacto del investigador social con sus informantes, cuando se usan las técnicas proyectivas y aún las entrevistas intensivas, es bastante limitado, si se compara con el contacto que el observador participante tiene con la gente estudiada.

Y, tal vez, las distorsiones en el concepto del mundo, causadas entre sus informantes, por un sociólogo moderno hambriento de datos comparables y numerosos, sean menos profundas y menos dañinas que las distorsiones introducidas por un sociólogo tradicional o un antropólogo social que vivan en el barrio o en el pueblo estudiados. Si el informante, en lugar de recibir la diagnosis de su imaginación, por tomar la TAT, recibe la diagnosis de su personalidad, su concepción del mundo cambió sólo en pequeño grado; pero, si se le presentan seis frases falsas diciéndole que tres de ellas son falsas mientras las otras tres son verdaderas, el daño hecho a su concepto del mundo y a su paz interior puede agravarse. Pero, el informante del antropólogo social que hace el estudio de la brujería dentro de una comunidad de indígenas mexicanos, o el informante del sociólogo que estudia la difusión de las nuevas tecnologías por medio de la técnica de la observación participante, viviendo al lado del investigador durante su permanencia en la comunidad, es, por ello, mucho más propenso a sus influencias.

Hay, cuando menos, tres tipos de situación en los que se encuentran el investigador y su informante y en las cuales sus conceptos respectivos del mundo tienen contacto espontáneo o controlado. Y hay, por lo menos, tres tipos principales de mentiras sociológicas correspondientes a estas situaciones. Lo importante es recordar que las relaciones entre el investigador y su informante raramente son recíprocas. Frecuentemente, el investigador es más rico, está mejor relacionado, es más poderoso o más educado que su informante, y resulta ser el representante del mundo superordinado de una manera u otra al mundo del informante.

A pesar de los esfuerzos del investigador que, por razones metodológicas (para conseguir los mejores datos), éticas (debido a la convicción en la igualdad de los hombres) o psicológicas (su incomodidad personal) trata de establecer la relación de igualdad entre él mismo y su informante, esta igualdad casi nunca se establece. Por lo general, el informante considera al investigador como al sabio universal o, al menos, como al experto, en todo lo que está fuera de su experiencia inmediata.

En la situación del *primer tipo*, la concepción del mundo del informante es correcta desde el punto de vista del investigador y de él mismo; es decir, el informante no duda de que su concepción del mundo está basada en datos verdaderos. Así, por ejemplo, el antropólogo social o el sociólogo

que hacen sus investigaciones en un pueblo indígena de México, están convencidos de que las brujas no existen, y su informante indígena desde hace unos años, tampoco cree en la brujería; pero, como el investigador hace sus estudios sobre las creencias indígenas y quiere saber algo sobre la persistencia del *ethos* tradicional y la fuerza de las ideas nuevas, se decide a introducir la “mentira sociológica”, diciendo a su informante que, según él, las brujas sí existen. . . Así, dentro de los argumentos en pro y en contra de la brujería, el antropólogo colecciona los datos deseados, pero, al mismo tiempo, introduce en la vida de su informante informaciones falsas que pueden originar angustia, conflicto o, al menos, la reaceptación de las ideas rechazadas, es decir, la aceptación de falsedades puras, desde el punto de vista del investigador.

En una situación del *segundo tipo*, el investigador, por ejemplo, está completamente convencido de que las nuevas técnicas agrícolas introducidas al pueblo investigado por los ingenieros de la Estación Experimental, son correctas y pueden mejorar las cosechas. Pero, la gente del pueblo investigado, sus “informantes” tienen dudas profundas con respecto a esas técnicas nuevas. Ya no aceptan algunas de las creencias tradicionales sobre el modo de sembrar el maíz, y se preocupan mucho de las malas cosechas, pero todavía no han aceptado completamente las ideas nuevas que han llegado a su pueblo por medio de los representantes del mundo lejano y hostil. Como el investigador se presenta como el protector del pueblo investigado (y, a veces, lo es, con toda sinceridad) en contra de las explotaciones del mundo exterior, el informante le tiene mucha confianza. Si con esta confianza el investigador insiste (para probar la fuerza de las ideas nuevas, por ejemplo, como tema de su investigación) en que las nuevas técnicas agrícolas son inadecuadas, las dudas del informante se vuelven, naturalmente, más profundas, y su confusión es más incómoda y dañina.

En la primera situación, para conseguir sus datos, el investigador ha destruido la verdad; en la segunda, por las mismas razones, ha obstaculizado su desarrollo. Y, todo esto lo ha hecho, probablemente, en servicio de las verdades científicas: de las metas de su propia investigación.

El *tercer tipo* de situación en que se encuentran el investigador y su informante es tal vez más típico en el trabajo de campo del antropólogo social. Aquí, el informante tiene una concepción del mundo que es correcta desde su punto de vista (así, por ejemplo, cree que las brujas les chupan la sangre a los niños) y esta creencia es incorrecta según el investigador. Si, para conseguir sus datos (y solamente para esto) el investigador asimila la misma creencia, sea de modo explícito, sea de modo implícito, según

mi propia terminología, introduce una "mentira sociológica". Es un modo pasivo de mentir, que consiste, no en la destrucción intencional del concepto correcto del mundo, sino en que se impide llegar a este concepto correcto.

Muchas veces, durante mis propias investigaciones de campo entre los agricultores estadounidenses, y después entre los indígenas de México, me acordaba de las ideas de Twardowski sobre las consecuencias sociales de las mentiras, al introducir, yo también, algunas mentiras sociológicas entre mis informantes más amistosos y hospitalarios. . .

Pero aún unos años antes, durante la última guerra pasada en Polonia, mi país nativo, bajo la ocupación alemana, recordaba a veces este ensayo de Twardowski.

Allí, en cada oportunidad que se presentaba, destruíamos el concepto del mundo de nuestros enemigos, pues las mentiras servían a veces de armas más poderosas que las granadas y los rifles. Con verdades, con mentiras, con lo que fuera, también luchamos entonces por nuestra libertad.

Todas las sociedades humanas sujetan a vigilancia y frenan, de un modo u otro, las mentiras dentro del propio grupo y permiten las mentiras con respecto a los de fuera. La mentira, dentro de su propia sociedad, siempre es castigada, ya sea por medio de la ley, o ya sea por medio de sanciones morales.

¿Qué es la sociedad? —debemos preguntar aquí— ¿Cuál es la sociedad del investigador social que hace sus investigaciones en las fincas estadounidenses o en un pueblo indígena de México? Es su solidaridad más profunda con la sociedad de sus informantes o con su propia sociedad, a veces lejana, invisible a éstos?

No es fácil contestar a tal pregunta. La mayoría de los antropólogos sociales contemporáneos, y también algunos sociólogos, al hacer trabajo intensivo de campo, se presentan a sus informantes identificándose con ellos más que con los de afuera.

A pesar de esta identificación, ruidosa y a veces franca, los mismos investigadores usan las mentiras sociológicas sin muchos escrúpulos, con respecto a la gente con la que se identifican, sin darse cuenta de que las mismas mentiras serían, a veces, severamente castigadas en su propia sociedad. Pero, probablemente los mismos investigadores que, sin pensarlo mucho, les mienten a sus informantes más estimados, nunca hubieran mentido así ante los miembros menos estimados de su verdadera sociedad. "Verdadera" quiere decir no sólo la sociedad con la que se identifican en su imaginación o sentimentalidad, sino aquella en la cual viven su vida diaria, con las gratificaciones, obligaciones y privilegios cotidianos.

La situación del trabajo de campo (como las situaciones de los viajes

al extranjero) es, casi siempre, especialmente ambigua y, como otras situaciones ambiguas, conduce a la irresponsabilidad de parte de todos los comprometidos. Sabemos que no solamente los investigadores mienten intencionalmente a sus informantes para conseguir buenos datos, sino que, a veces, los informantes mienten intencionalmente a sus investigadores, presentándoles datos falsos, para conseguir regalos, dinero y otras gratificaciones.

Al hablar tanto de las mentiras sociológicas, no quisiera crear la falsa impresión de que la sociología y la antropología social son ciencias particularmente mentirosas. La psicología clínica, la medicina, el trabajo social y muchas otras ciencias aplicadas probablemente sean todavía más mentirosas; pero, sus mentiras se dicen siempre en nombre de una ayuda a la misma gente que se estudia. Las mentiras sociológicas se dicen, por lo general, en nombre de la ciencia pura.

No quisiera tampoco dar a entender que las mentiras sociológicas son más dañinas que otros tipos de mentira (las políticas, las comerciales, las neuróticas o lo que sea); al contrario, comparándolas con otras mentiras, las mentiras sociológicas son, generalmente, menos dañinas porque son usadas en un ambiente bastante limitado, por personas menos prácticas, pero relacionadas, y menos motivadas por las consideraciones de poder que los políticos o los comerciantes.

También estoy convencida de que hay muchos silencios y verdades más dañinos para los individuos o los pueblos investigados que las mentiras más intencionales.

Los antropólogos sociales tienen plena conciencia de la fuerte influencia que tiene la mera presencia del investigador sobre el pueblo investigado. Saben bien que no solamente "las condiciones naturales" están dañadas por esta presencia (con lo que, al mismo tiempo, quedan dañados los datos del antropólogo), sino que este cambio puede tener consecuencias que pueden ser muy dañinas para la estructura social, y conflictivas para la personalidad de los informantes. Enseñar al individuo los nuevos horizontes económicos, tecnológicos o educativos sin ayudarle, al mismo tiempo, a participar en esa vida nueva y deseada, puede, de veras, dañarle de una vez; puede quebrantársele por medio de verdades puras sin una sola palabra de mentira.

Sacar a los informantes lingüísticos de sus pueblos respectivos y meterlos a todos juntos en una casa de la ciudad, para aprender sus lenguas respectivas, enseñarles, al mismo tiempo a leer y escribir, mecanografía, inglés o lo que sea, alimentarlos con carne tres veces por día regresándolos después de dos años a sus propios pueblos, sería un ejemplo (tal vez extremo,

pero seguramente no inventado) de la explotación efectiva, realizada para obtener "datos humanos"; realizada por un investigador moderno y verídico.

¿Qué pasa después con estos informantes introducidos a una vida que es tan nueva para ellos como lo sería para nosotros la vida de Marte? ¿Qué posibilidades tienen para seguir con esa vida nueva? ¿Qué posibilidades habría de readaptación a su vida tradicional? Aquí, el investigador verdaderamente efectivo, va a beneficiarse con datos nuevos y muy interesantes sobre los temas de cambio social, desorganización personal, etcétera. ¡Qué oportunidad tan buena! Basta ir al pueblo del informante y observarlo "au naturel" ¡Y no hay ninguna necesidad de introducir mentiras sociológicas! ¡Qué situación tan cómoda y "moralmente pura" para el investigador dedicado!

La modificación del concepto del mundo, del informante, se produce, como hemos visto, no solamente por la introducción de mentiras sociológicas explotadoras, sino también por las verdades nuevas. La verdad puede tener consecuencias tan dañinas como la mentira, y la falta de actuación en la situación social puede hacer tanto daño como el manejo más cínico de los informantes.

Me parece que la misma idea de tratar a la gente como *a sujetos de investigación*, hace más daño a todos los implicados, que todas las distorsiones posibles de sus conceptos del mundo.

Al escribir sobre el derecho humano a la concepción correcta del mundo, Twardowski no ha notado el otro derecho; la precondition de todos los derechos humanos: el derecho a ser tratado, en primer lugar, como humano y, sólo después, como *homo oeconomicus*, como caso clínico o como *datum* de la investigación social.

Los médicos, los trabajadores sociales, los educadores tienen que mentir muchas veces a sus clientes o algunos, porque la distorsión de sus conceptos del mundo es, a veces, necesaria para ayudarlos en la solución de sus problemas, en su socialización, etcétera. Si en el proceso de sus investigaciones y en su trabajo tienen que mentir es, precisamente, para ayudar a la gente investigada; no lo hacen en nombre de la verdad, de la curiosidad científica o en su propio beneficio. Y, si tratan de mentir sin esa justificación, les castigaría su propia sociedad.